



«Santa María, Madre de Dios...»

Fray Manuel Ángel Martínez, O.P.

La segunda parte del *Avemaría* tiene un estilo muy diferente a la primera. Si ésta es una alabanza dirigida a María retomando las palabras del Evangelio, la segunda es una verdadera oración que pide su intercesión. Como el *Padrenuestro*, está formulada en plural, es decir, no sólo pide por la persona que ora, sino por «nosotros», refiriéndose a todos los cristianos, e incluso a toda la humanidad. Antes de comentar cada una de sus expresiones vamos a recordar muy brevemente la historia de esta oración.

La historia

El testimonio más antiguo que hoy poseemos de la segunda parte del *Avemaría* se remonta al siglo XV y se encuentra en un sermón sobre la pasión, de san Bernardino de Siena, franciscano y uno de los predicadores más populares de su época, donde puede leerse la fórmula: *Santa María, ruega por nosotros pecadores (Sancta Maria, ora pro nobis peccatoribus)*. Otro franciscano, casi contemporáneo, Oswald Pelbart de Temeswar cita dos oraciones diciendo que han sido reveladas por la Virgen; la primera dice así: *Santa María, madre de Dios, nuestro Señor Jesucristo, ruega por mí y por todos los pecadores*; y la segunda oración dice: *La Virgen bendita es mi auxilio en la hora de la muerte*. La fórmula actual puede leerse en el breviario de los camaldulenses, impreso en Venecia en 1514. El papa san Pío V consagró esta fórmula introduciéndola en su revisión del breviario romano editado en 1568; ahí se prescribe la recitación del *Avemaría*, con sus dos partes, juntamente con el *Padrenuestro*, antes de cada hora del Oficio divino. Sin embargo, la fórmula breve del *Avemaría* (es decir, sin la segunda parte) continuó utilizándose durante mucho tiempo¹.

Completado el *Avemaría* entró a formar parte del Rosario, enriqueciéndolo notablemente.

«Santa María»

Sabemos que, en realidad, solamente Dios es santo. Él mismo es su santidad y su santidad es indefinible. Toda otra santidad no es más que un reflejo de la santidad de Dios. En Jesús, «el Santo de Dios», la santidad misma se acercó a nosotros. En la Escritura la palabra que se utiliza con más frecuencia para hablar de la santidad cristiana es «amor». Se trata, en primer lugar, del amor de Dios por la humanidad y, después, del amor humano orientado a Dios y al prójimo.

La santidad de María es también, en primer lugar, un don de Dios. María está llena de Dios. Vive por Dios y para Dios. Se siente amada por Dios y ama a Dios y todo lo que Dios ama. Hace siempre lo que él quiere. Entre Dios y ella hay amor, amistad, respeto y confianza.

Desde la antigüedad los Padres de la Iglesia exaltaron a María como la «Toda Santa» (*Panaghía*), entendiendo esta santidad no sólo en el sentido moral, sino también como reflejo de la santidad de Dios en ella. Esta santidad es el efecto normal de su proximidad a Dios, pues como decían los Padres, no se puede estar cerca del misterio sin que éste nos afecte; no se puede estar cerca de la luz sin ser iluminados; no se puede estar cerca de la vida sin ser vivificados, a no ser que uno se cierre a ese misterio. Desde el punto de vista moral hablan de ella como «bella», «sin mancha», «sin fealdad», «sin suciedad alguna». Pero relacionan esa santidad con su maternidad divina; es decir, que María habría sido purificada total y absolutamente en el momento posterior a la anunciación. En cambio, la fe en la inmaculada concepción de María es una forma de afirmar su santidad desde su concepción y a lo largo de toda su vida, sin que eso niegue su progreso en la fe, ni el hecho de que también Jesús, su Hijo, sea su redentor; pero, excepcionalmente, ella fue redimida anticipadamente.

«Madre de Dios»

Este título no se encuentra literalmente en los Evangelios, pero sí implícitamente, pues se dice con claridad que María es la madre de aquel a quien el evangelista san Mateo llama «Dios con nosotros» (Mt 1, 23 y 28, 20). En el evangelio de san Lucas, Isabel llama a María «la madre de mi Señor». Si tomamos estas expresiones en su sentido fuerte, debemos afirmar que Jesús, ese niño pequeño y débil, no es solamente un hombre como los demás, sino también el Hijo único de Dios. Cuando el cuarto evangelio habla de María como la «madre de

Jesús», nos está diciendo que ella es «la madre del Verbo encarnado». Algo semejante afirma san Pablo cuando nos dice que «al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer» (Gal 4, 4).

Desde el siglo III, en Egipto, se le da a María un título semejante a éste, se le llama en griego *Theotokos*, que literalmente significa «la que da a luz a Dios», la que lo engendra en la historia humana. Este título se presta a equívocos, y de hecho así ha ocurrido; a lo largo de la historia algunos cristianos pensaron que con él se quería decir que María engendró la divinidad. Pero en realidad lo que se quiere decir es que María es la «Madre del Verbo hecho hombre».

En el mundo latino este título se introdujo más tardíamente. San Ambrosio utiliza el título «Mater Dei» (*Madre de Dios*), que tiene un matiz diferente del término *Theotokos*. Este último hace referencia a la acción de dar a luz, mientras que la expresión *Madre de Dios* hace referencia además a la relación permanente que se establece entre la madre y su Hijo.

La maternidad de María es un don único y extraordinario; tiene algo de especial porque, a diferencia de lo que ocurre en los demás casos, es el Hijo el que escogió a su madre. Es el Hijo, que ya existía antes, el que tuvo la iniciativa de venir a este mundo nuestro; es él quien se dio a María como Hijo y recibió de ella su naturaleza humana.

María acogió consciente y libremente la venida del Hijo, y como en el caso de cualquier madre, lo fue gestando en su vientre durante nueve meses; lo dio a luz, lo envolvió en pañales y fue despertando su psicología como hacen todas las madres. Lo nutrió corporal y espiritualmente; compartió con él su vida. Pero además, se convirtió en su discípula y colaboró estrechamente con su proyecto de salvar a la humanidad.

«Ruega por nosotros pecadores»

Estas palabras son una súplica humilde con la que le pedimos a María que ruegue por nosotros a su Hijo Jesús para que ninguna amenaza ponga en peligro nuestra vida, pero sobre todo para que nada nos aleje de la salvación. Acudir a María no significa que Dios desconozca nuestras necesidades o deje de velar por nosotros o que no esté dispuesto a llevarnos a su Reino. A veces se ha opuesto la misericordia de Dios o de su Hijo Jesucristo a la de María. Por eso es bueno recordar que no hay nadie más misericordioso que Dios; nadie hay que ponga tanto empeño en nuestra felicidad como él; nadie nos amó ni nos amará jamás tanto como él.

¿Por qué recurrir entonces a la oración de María? Porque orar unos por otros es un mandato evangélico. Somos miembros del cuerpo de Cristo. Debemos, pues, preocuparnos unos de otros; todos formamos el mismo cuerpo y nadie desprecia sus propios miembros sino que, al contrario, se preocupa de los miembros más necesitados. Nuestra oración por los otros es una expresión de nuestro amor por ellos, de nuestra preocupación por su bien. Orar por otra persona, e incluso hacer pasar sus necesidades delante de las nuestras, humaniza al orante que vive aún en este mundo. En el caso de los que viven ya junto a Dios, orar por los que luchan todavía en este mundo contra el mal, es igualmente una expresión de amor; es colaborar con Dios hasta que todos los miembros del mismo cuerpo de Cristo alcancen la salvación. Dios quiere que oremos los unos por los otros para que a través de esa oración vayamos tejiendo lazos cada vez más fuertes entre todos. Dios quiere que colaboremos en la salvación de los demás así como los demás deben colaborar en la nuestra. Sólo desde esta perspectiva podemos desterrar la imagen de un Dios que necesita que un humano ablande sus duras entrañas.

María ocupa un puesto importante dentro de la comunidad eclesial. Como miembro sano y completamente salvado puede colaborar con su plegaria mejor que nadie en la salvación de los demás. Dios ha hecho de ella un «signo de consuelo y de firme esperanza»². Pero el consuelo que nos proporciona no es distinto del de Dios; tiene su fuente en Dios.

En esta súplica nos reconocemos «pecadores». La experiencia del pecado nos diferencia de Jesús y de su madre. Es una experiencia innegable. Jesús en el *Padrenuestro*, nos enseñó a orar pidiendo todos los días perdón de nuestros pecados. Reconocer que somos deudores ante Dios y que nuestra deuda es impagable, es reconocer la verdad profunda de nuestra relación con él. Tomar conciencia de ello es el primer paso para buscar remedio a nuestros males. Es también situarse en la órbita de la gratuidad, pues pedimos a María que ruegue por nosotros a nuestro Redentor sin anteponer ningún mérito de nuestra parte, por pura misericordia. De este modo nuestra súplica se diferencia de la oración del fariseo de la parábola evangélica, y nos acerca a esa actitud del publicano al que Dios justificó. Pero esta conciencia de pecadores tiene que mantener el equilibrio entre la banalidad y el hundimiento de nuestra persona. No debemos banalizar nuestra experiencia de pecadores, pero tampoco angustiarnos tanto a causa de ella que caigamos en la desesperación.

«Ahora y en la hora de nuestra muerte»

Con estas palabras estamos pidiendo a María que su súplica no cese nunca. El adverbio «ahora» no se refiere solamente al momento presente en el que el orante suplica, sino también a toda la vida terrena. Pero se hace especial mención del momento de la muerte como si en estas palabras se quisiera expresar la conciencia de que se trata del momento más crítico de la historia de cada persona. Esta oración viene a recordarnos nuestra condición mortal, tan difícil de asumir. La muerte es inevitable, aunque consciente o inconscientemente tratemos de olvidarla. Su recuerdo puede paralizar el impulso de la vida o, por el contrario, convertirse en un estímulo para tomar en serio el trayecto que aún nos queda por recorrer. Pensar en ella puede, a veces, producir una angustia que sin duda está relacionada con nuestra condición de pecadores.

La muerte viene a sellar de forma definitiva nuestra vida. Hasta el final no hay nada ganado; hasta el último momento gravita sobre nosotros el riesgo de volver la mirada hacia atrás, de rebelarse contra Dios; por eso la oración de María se hace más urgente y necesaria en el momento de la muerte para ayudarnos a afrontar ese trance doloroso con serenidad o, al menos, entregándonos totalmente en las manos del Padre, como hizo Jesús.

Esta súplica repetida a diario va transformando nuestra existencia y nuestra actitud ante la muerte; nos hace perderle el miedo y entrar desde ahora en comunión con Dios. La oración de María aboga para que la bienaventuranza que se encuentra en el libro del Apocalipsis se haga realidad en «nosotros»: «Dichosos los que mueren en el Señor» (14, 13).

«Amén»

Finalmente, el amén expresa la firmeza y la confianza de nuestra súplica.

1.- Textos H. Leclercq, «Marie (je vous salue)», *Dictionnaire d'archéologie chrétienne et de liturgie*, Paris 1932.

2.- Palabras que proceden del cuarto prefacio de santa María Virgen.

